

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre.....	27
Semestre.....	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios históricos: La independencia de Castilla (conclusion).—Cancion: Al poeta Rafael Ferrer y Bigné.—Una aventura: episodio del siglo xvi.—Los cuartos de hora: cuento (continuación).—La Media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuación).—Revista de teatros: álbum de LA VIOLETA.—Modas: correo de señoritas.—Explicación del figurin de detalles.—Explicación del grabado de crochet.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

LA INDEPENDENCIA DE CASTILLA.

(Conclusion) (1).

V.

Ha trascurrido algun tiempo, desde que Fernan Gonzalez pagó con devolver la libertad á D. García la infame accion que este monarca le hiciera.

El Rey de Leon, su pariente, no pudo ver sin des-

agrado que un conde feudatario suyo ajase y deprimiese de la manera que lo hizo la dignidad real, pues, receloso y precavido, pensó que podia llegar un dia en que le cupiese la misma suerte que al de Navarra: así, creyó lo mas oportuno asegurarse con un golpe de mano para lo sucesivo.

Abrigando en su alma esta idea, envió embajadores al conde felicitándole por la victoria pasada, y diciéndole que, deseando tratar asuntos de interes para los dos Estados, esperaba se sirviese acudir á su corte, tomándose para ello las precauciones que creye se oportuno, si por el desengaño sufrido no se fiaba de su real palabra.

El castellano, siempre leal, siempre caballero, no pudo figurarse, á pesar del incidente que con el de Navarra le ocurriera, que pudiese haber otro hombre que abusase, de la manera que aquel lo habia hecho, de la buena fe y de la hidalguía de un aliado; así que, no dudó un momento en partir á Leon, seguido, á pesar suyo, de una lucida escolta que su esposa doña Sancha, recelosa de suyo como casi todas las mujeres, le hizo llevar.

El Rey, para mas confiarle, le salió á recibir, rodeado de su corte, á las puertas de la ciudad, y le

(1) Véase nuestro número anterior.

acompañó hasta su mismo alcázar, donde fue hospedado cómoda y lujosamente.

Aquella misma noche, cuando el conde y los suyos estaban entregados al sueño, fueron sorprendidos y presos por las gentes del Rey.

La fortuna era adversa al bizarro castellano, quien por su buena fe y su hidalguía estaba sirviendo de juguete al capricho de aquellos ambiciosos monarcas.

D. Sancho, al encarcelarlo, cometia, ademas de faltar á su palabra como antes lo habia hecho el de Navarra, un delito mucho mas feo, una villanía mucho mas grande, porque Fernan Gonzalez habia en otro tiempo apoyado sus pretensiones al trono de Leon cuando le ocupaba aun su hermano y legitimo monarca D. Ramiro.

VI.

Así que llegó á Castilla la triste nueva de la prision del conde, su esposa, so pretexto de ir en romería á Santiago, partió á Leon vestida de peregrino, y pidiendo audiencia al Rey, consiguió, á fuerza de ruegos, que la permitiesen pasar la noche en la torre do su esposo se encontraba.

Antes de rayar la aurora, Fernan Gonzalez, disfrazado con el traje de doña Sancha, burlaba la vigilancia de los soldados que custodiaban su prision, y partia hácia Castilla, libertado otra vez por aquella noble dama, á quien la Providencia puso á su lado como un ángel custodio.

De que el Rey supo la fuga de su prisionero, se llenó de cólera; pero, pasado aquel acceso, no pudo menos de aplaudir la noble y heroica conducta de aquella fiel y decidida esposa, y mandando se la pudiese en libertad, se la restituyó á su marido dignamente acompañada.

El conde, que aparejó su hueste en el momento de llegar á su tierra, deseoso de vengarse y de recobrar á su esposa, desistió de su proyecto al ver que el Rey se la devolvía, y se contentó solo con reclamar la cantidad que el leonés le era en deber por el caballo y el azor que le vendiera.

Pero como el monarca no accediese á tan justa reclamacion, el castellano empezó á talar y saquear

sus tierras de tal modo, que D. Sancho se allanó por fin á satisfacer la deuda, mandando á Búrgos sus contadores; pero habia crecido tanto la cantidad con el tiempo trascurrido, que, ajustadas cuentas, se encontró que todo el tesoro regio no era suficiente para pagarla.

Entonces, viendo el conde el apuro en que se encontraba el Rey, aprovechando la ocasion, le pidió la libertad de Castilla en cambio de las cantidades que le debia abonar.

D. Sancho admitió la permuta, bien á pesar suyo; pero las circunstancias eran mas poderosas que su voluntad, y Castilla dejó de ser feudataria de Leon.

De ese modo logró el conde Fernan Gonzalez devolver á su patria la independencia que él mismo depuso, obligado por la fuerza de los sucesos, á los pies de los monarcas leoneses.

JULIAN CASTELLANOS.

CANCION.

AL POETA RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

Á la luz suave y pura
de una luna plateada;
al rumor de fresca brisa
que agita las verdes ramas,
y que á mi ardiente cabeza
roba el calor que la inflama;
al murmullo de una fuente
que sobre peñascos salta,
dando vida á la pradera
con sus cristalinas aguas,
tendido en medio del campo
sobre la menuda grama,
mirando al cielo, que es
de los infelices patria,
yo perdido y solitario,
juguete de la desgracia,
entono cantos, que son
lágrimas que vierte mi alma.
Nadie inspira mis acentos,
nadie escucha mis palabras;

como el ruiseñor, que trina
sobre solitaria rama,
canto y busco en mis canciones
el consuelo y la esperanza,
ya que no encuentro una mano
que quiera enjugar mis lágrimas,
ni quien recoja el suspiro
que de mi pecho se exhala.
Mas ¡qué importa que perdidos
al viento mis versos vayan,
si hijos de mi corazón,
pedazos de mis entrañas,
son para mirarme en ellos
un trasunto de mi alma?
¿Qué importa que el mundo ría
mientras el poeta canta,
que ahogue su inspiración
entre frías carcajadas,
si el cielo recoge siempre
las armonías que exhala,
y una corona con ellas
para sus sienes prepara?
¡Qué importa, si el desgraciado
en la noche solitaria
oye al poeta llorar
y en su llanto le acompaña,
y en su acento halla el consuelo
que al pecho da la esperanza?
Por eso aquel que entre goces
la vida insensible pasa;
aquel que nunca ha probado
el sufrimiento que acaba,
que en orgías se disipa
y en bacanales se mata,
que, retrato de su siglo,
el mismo placer le cansa;
aquel que vive en el mundo
con la existencia agitada,
sin la fe en su corazón
ni el sentimiento en su alma,
no me escuche, que mis cantos
nada dicen para él, nada.
Pero tú, que desterrado
nunca tornas á tu patria;
que con el llanto que viertes

la faz macilenta abrasas;
tú, que vives de un suspiro
y ese suspiro te falta;
tú, que cifras la ventura
en una sola mirada,
en una dulce sonrisa,
en una tierna palabra;
que amas el arte, porque es
luz de la gloria emanada;
que encuentras tu corazón
lleno de armonías vagas;
que sientes cual nadie siente,
que amas como nadie ama,
que buscas y nunca encuentras,
que sufres y siempre callas;
tú, que eres en este mundo
triste y escondida planta,
cuyo verdor nadie admira,
cuyo perfume se gasta,
cuya hermosura se pierde
y cuyas tintas se apagan;
tú, que vives en el mundo
teniendo el cielo por patria,
óyeme, que, como tú,
juguete de la desgracia,
entono cantos que son
lágrimas que vierte mi alma.

FÉLIX PIZCUELA.

UNA AVENTURA.

(EPISODIO DEL SIGLO XVI.)

Era á la caída de una tarde de noviembre: el sol, próximo á ocultarse, esparcía sus rayos por la campiña, tiñendo de colores las nubecillas que se apiñaban en el Occidente.

Por el camino de Sigüenza, y en dirección á aquella ciudad, se veía un grupo de dos personas, hombres los dos, que departían en animada plática, montado el uno de ellos en un robusto mulo, mientras el compañero caminaba á su lado, á pie y terciada la capa bajo el brazo: eran dos jóvenes, ambos de

una misma edad, que apenas frisaría en los diez y nueve años; el traje de los dos estaba, como su aspecto, en armonía, y podía deducirse por él que los viajeros pertenecían á una clase distinguida, si ya no lo indicasen las maneras finas y el lenguaje vivo y delicado con que amenizaban su conversacion.

El que caminaba á pie demostraba en su rostro una vivacidad poco comun; sus facciones eran nobles y pronunciadas; el escaso vello que sombreaba apenas su labio superior dábale cierta gracia que contrastaba con la severidad de su frente despejada y de sus negros y rasgados ojos; era de color quebrado, baja estatura, y aunque delgado, demostraba esa fuerza muscular y nerviosa que bajo el aspecto de un niño encubre á veces un gigante: vestía un colete de piel de Flandes y una ropilla de terciopelo negro, botas de camino, un espadon disforme colgado de un charolado tahalí y un castoreño que cubría su cabeza ornada de bucles negros, completando el traje una larga capa negra pendiente de sus hombros, y la cual el mancebo terciaba bajo su brazo derecho con una gracia que hubiese puesto envidia al mas curtido rufian de los Percheles de Málaga. La mirada que se desprendía de los ojos de aquel joven era altiva, fiera algunas veces, dulce siempre. Su compañero, el que cabalgaba sobre el mulo, era de su misma edad, bastante mas alto, y vestido con corta diferencia; pero su aspecto era diverso: su tez blanca, sus cabellos rubios le daban un tinte afeminado y vulgar que contrastaba maravillosamente con el del primer viajero: hemos hecho la descripción de aquel porque, á pesar de caminar á pie, había en sus ojos, en sus ademanes, en sus palabras tanto de superior sobre su compañero, que á todas luces podía juzgársele como jefe de la expedición.

Caminaban á buen paso, y parecía haberse aumentado su esfuerzo cuando al dar vuelta á una colina vislumbraron á corta distancia, y estendiéndose en la falda de la montaña, á la insigne ciudad de Sigüenza, tibiamente dorada por los rayos del sol poniente.

—Félix, prorumpió el mancebo que cabalgaba, ¿crees tú que podremos llevar á cabo nuestro plan?

—¿Y por qué no? contestó el interpelado, arrojando sobre su compañero una mirada resuelta: no

lo dudes, Luis; los pájaros han roto la jaula, y es preciso que tiendan las alas en el espacio.

—Félix, continuó Luis: si no fuese por ti, casi me arrepentiría, pero tú me convences... buscaremos la realizacion de nuestros sueños de oro.

—Y la alcanzaremos, interrumpió Félix con entusiasmo: sí, cruzaremos los mares; en Barcelona hallaremos alguna nave que nos transporte á Flandes; allí, ya lo sabes, la vida errante y aventurera nos aguarda: seremos libres, nos conquistaremos un nombre; eso es vivir, pardiez; el claustro de la universidad era estrecho á nuestros alientos; un hombre que siente necesita mas espacio para respirar; ¡afuera los manteos!

—¿Y nuestras familias?

—Rabiarán un poco, se asustarán creyéndose víctimas de nuestra tentativa, pero no tendrán mas recurso que esperar, y cuando dentro de un corto tiempo nuestros nombres lleguen á sus oídos envueltos en una aureola de gloria, bendecirán esta atrevida empresa.

—Mi pobre tío va á morir de miedo y de cólera.

—¿Y mis padres? exclamó Félix con calor; ¿crees que no se quedó mi alma en la carta que sobre la mesa de mi cuarto dejé escrita noticiándoles nuestro proyecto? Pero es necesario.

Y en el rostro de Félix se dibujó un rasgo de inflexibilidad.

—¿Crees que nos seguirán?

—Imposible: ignoran la ruta que hemos tomado, y cuando den con ella ya nos habremos introducido en Aragon.

—Félix, repuso Luis: tú debes estar cansado, sube en el mulo, y yo seguiré á pie.

—¡No por mi vida! Jamás he tenido tanto deseo de andar; aguija la cabalgadura, entremos pronto en Sigüenza, y Dios proveerá.

Dicho esto, comenzaron á caminar con tanta prisa, que á los pocos instantes cruzaban las calles de la poblacion y se detenían ante la puerta de la posada.

Salió á recibirles el hostelero, tipo de todos los hosteleros, rechoncho, rubio, con ojos maliciosos y lengua suelta, todo cortesías y rebosando curiosidad

y esperanzas. Tomó el mulo del diestro, le dió á un mozo de la caballeriza recomendándole á grandes voces el buen trato del pacífico animal, y él, á guisa de veterano en el oficio, cargando con las alforjas y una maletilla que de la grupa de la caballería habia quitado, precedió á los dos jóvenes, guiándolos hasta una espaciosa cocina.

Veíase en aquella estancia uno de esos cuadros tan pintorescos y tan comunes en las posadas españolas, cuadros que aun existen para contento y solaz de los amantes de Velazquez y los admiradores de Goya. En derredor de un gran fogon, donde brillaba una buena llama, cercada de pucheros y cacerolas, veíanse revueltos estudiantes, soldados, arrieros y mozelas; todos contentos, todos locuaces, y entregados todos por completo á esa franca alegría que es el colorido de semejantes reuniones.

(Se continuará.)

JOAQUÍN TOMEY Y BENEDICTO.

LOS CUARTOS DE HORA.

CUENTO.

(Continuación (1).)

V.

Pasó un día, pasaron dos, y la marquesa, sin poder averiguar el misterio de aquella ocurrencia estravagante, llegó á desmejorarse un poco, efecto de los insomnios y pervigilias que pasaba temiendo ser sorprendida á cada paso por el espectro de D. César.

Esta idea acrecentó su cordura, y meditando seriamente el caso, resolvió abandonar la quinta y regresar á la corte, donde se juzgaba mas á cubierto de las asechanzas y maquinaciones de aquel ente peligroso, cuya presencia en su quinta era una amenaza constante contra su bienestar y tranquilidad.

Desconfiando de todo cuanto la rodeaba, esta mujer, de una finura exquisita y de una belleza espiritual, solo confiaba sus inquietudes al lacayo Félix,

que, elevado á la gerarquía de su secretario particular, se componia de tal forma, que cada día lograba un nuevo triunfo sobre las simpatías de la marquesa; en términos que llegó á ser su mas íntimo confidente.

Y habia razon para ello, si se atiende á que Margarita, en su voluntaria reclusion, hacia mas de un año que no hablaba con un hombre, y el tal Félix, aparte de su *admirable bella presencia* (frase que tomaba mucho en boca la linda marquesa), tenia, entre otras cosas, la virtud de montar á caballo como un *gentleman*, y ademas esa otra virtud de la instrucción, mediante á la cual podia embebecer y divertir con narraciones curiosas y pláticas muy agradables á la romancesca viuda, que le oia siempre con una atención perfectamente interesante.

Sucedió que un día, escuchando á Félix leer una gacetilla de un diario político, donde se daba cuenta á los lectores de un casamiento peregrino verificado entre una de las mujeres mas aristocráticas y el cocherero que habia conducido algunos días antes su berlina, Margarita no pudo tener la risa, y exclamó alegremente:

—¡Caso mas singular!... ¡Haber tomado por consorte á su propio cocherero... á un hombre que ha vestido su librea!

—Ciertamente, replicó Félix sonriendo: esa admirable señora es digna de lástima. Yo no dudo que una librea pueda valer, moralmente hablando, lo que un gran uniforme, siempre que el que la vista posea esa ejecutoria al alcance de todos, que se llama *hombria de bien*. Sin embargo, un hombre de bien suele ser con frecuencia un pobre hombre, y un pobre hombre no hace gran papel. Convengo con la señora marquesa en que la nueva desposada ha tenido mal gusto.

—Es claro, dijo Margarita. Y yo en su lugar, primero hubiera entregado mi mano al señor de Montenegro, que es, entre paréntesis, el hombre á quien mas aborrezco, que á un cocherero que hubiera vestido mi librea.

Félix bajó la cabeza con un ademan de resignación adorable.

—¡Tanto la incomodan á la señora marquesa las libreas! murmuró.

(1) Véase nuestro número anterior.

—¡Oh! no, dijo Margarita. Hay hombres que la saben llevar admirablemente. ¡A V., por ejemplo, le cae á las mil maravillas, en términos que no parece sino que la ha llevado toda su vida!

Aquella vez se sonrió Félix con una socarronería muy especial.

Se levantó, y salió con aire mohino y cabizbajo.

—Es lástima, exclamó Margarita viéndole partir. Es lástima que este pobre muchacho sea no mas que un triste lacayo... ¡Si al menos fuera siquiera ese maldito D. César Montenégro, á quien Dios confunda!

Por estos síntomas puede ir conociendo el lector el estado del alma de la bella marquesa. Era indudable que iba entrando en un período muy grave de la enfermedad de las simpatías. Verdad es que ya no se fastidiaba.

Á todo esto D. César no parecía.

Las mas brillantes pesquisas no dieron el menor resultado en punto al descubrimiento de aquel hombre.

De todos los dependientes de la marquesa, Félix era el único que tenia el privilegio de verle alguna vez, ya en los jardines de la quinta, ya en alguna habitacion de la planta baja, y tal cual vez en las del piso alto; pero, segun decia, siempre que le iba á coger se le escapaba como una sombra, y siempre que iba á dar cuenta á su ama del sitio donde le habia hallado, resultaba que cuando acudian ya no se encontraba en él.

Todo esto daba lugar á una porción de alarmas muy divertidas, y contribuia tambien á aumentar el terror de la marquesa, que no se consideraba segura en ninguna parte.

Y que D. César se hallaba en la quinta era muy cierto, porque entre las cosas que podian acreditar su presencia allí, se encontraba un soneto firmado por él, que la marquesa halló en su álbum; soneto medianamente escrito, un tanto gongórico y apasionado, el cual era alusivo á la *esperanza*, y retrataba cumplidamente la situacion recíproca en que se hallaban los dos.

No hay que decir que Margarita hizo trizas aquella inocentísima poesía, exclamando en un arranque de indignacion:

—¡Hombre mas infernal! Algo bueno daria por encontrarle.

Su vuelta á Madrid quedó decidida.

(Se continuará.)

LEANDRO A. HERRERO.

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuacion) (1).

Se conoce que son carnes de niño en las roscas turgentes que forman aquellos brazos cortos y redondos, donde parece la mano una pieza puesta á aquel cuerpo por una zanja que la divide de la muñeca.

Todo él es desarrollado y gentil, como seria el Adán con su hermosura salvaje y primitiva.

Se le podria decir aquellos versos del gran poeta valenciano:

"Mas puro que el alba, mas blanco que armiño,
y envuelto con fajas de pobre fortuna,
su párpado leve cerraba Dios niño
de estériles henos dormido en la cuna."

Su sueño es tranquilo como el de los ángeles.

Sus párpados descansan en las mejillas como un fleco de dorada seda rizado sobre un rostro de tafetan rosado.

Aquel niño no debe haber llorado todavía.

Parece que se sonríe en su letargo.

Y, sin embargo, no está arrullado por una cariñosa madre.

Su cuna no es recogida y blanda.

Tiene la tierra por lecho y el mundo por cabecera.

No teme que gire y le deje sepultado.

Desafia el sol que empieza á herir su semblante.

No teme á enemigos, porque la infancia no debe tenerlos.

(1) Véase nuestro número anterior.

No llama á su madre, porque no sabe dónde está.

No la ha conocido, ni la conocerá nunca.

¡Pues quién ha ceñido á su flotante cabellera una corona de laurel?...!

Solo una madre pudiera entretenerse en tejer guirnaldas para el ídolo de su amor.

¡Triste creencia! ¡Fatal desengaño! Aquel niño es solo, como la humilde madreselva que crece á la sombra de los tristes avellanos.

Solo una mujer se ha interesado en su existencia. Una sola ha vertido una lágrima de ternura y una sonrisa de gozo al verle aparecer en el caos como una nube descendida del cielo.

Esta mujer vió á aquel niño con sus alas de ángel y su frente despidiendo destellos de luz, y dijo: *¡Tú eres el genio!* é internándose en un palacio magnífico, con tantas columnas y gradas de mármol que era imposible penetrar á los profanos, salió, trayendo en la mano derecha una corona de triunfo que colocó en la frente del niño, desapareciendo luego por las galerías de aquel eden encantado.

Esta mujer era la *Fama*. Esa divina diosa que se ve rodeada de enemigos que desean desvirtuar su poder.

Por eso, así que coronó al genio se escondió en su templo, huyendo de los feroces tigres vestidos con piel humana.

El genio quedó solo, solo con su destino.

Miró á su alrededor con sonrisa satisfecha.

Vió de lejos los mares como pequeños arroyos.

Divisó los torrentes como graciosas cascadas de un artificial nacimiento.

Las rocas y despeñaderos fueron á sus ojos riscos pequeños, hechos para juguete de algun caprichoso infante.

Los volcanes, echando furiosas llamas, le parecieron rojas candelillas para entretener un niño.

El caos se le figuró un pequeño tabernáculo.

Las ciudades que tenia á sus plantas creyó que eran casillas de papel que volarian con un soplo suyo.

Los hombres le parecieron hormigas que bullian sin cesar para buscar un agujero donde guarecerse.

Todo lo vió tan pequeño como grande era él.

Y sonriendo con dulzura, pero sin orgullo, cayó dormido sobre el globo, como cae el inocente sobre

la blanda almohada que le ha preparado el amor maternal.

Á sus pies brotaron flores, á su lado libros, partituras, famosos dibujos, encantadoras lirás, bellas poesías y cuantos útiles pueden representar la belleza del amor y de las artes.

Rodeado de trofeos, de gloria y esplendor, dormía, y dormía sin turbulencias, sin aflicciones, sin dolores, sin lágrimas, sin agitados ensueños, ni temores, ni confusion, ni pesadillas.

Jamás se ha visto sueño mas hermoso.

La creacion tambien parecia dormida.

Ni el ruido de la hoja ni el del insecto turbaba el grato reposo.

¿Quién se atreveria á importunar el genio en medio de sus bellas ilusiones?

Hasta las auras bullidoras temian dar un beso en aquella frente ornada de laureles y resplandores divinos.

Los perfumes detenian parte de su ambrosía en la corola de las flores, para llegar hasta él como una gota de esencia en un vaso cristalino de agua.

Los hombres estaban arrodillados de lejos sin atreverse á mirar los resplandores de aquel sol nacido sin madre, ni patria, ni origen.

Como las aves libre.

Inmenso como el espacio.

Grande como la creacion.

Elevado como las nubes.

Poderoso como la ira de Dios.

Y... sin embargo, modesto, tímido, cariñoso, inocente, angelical, bueno, prudente, callado, generoso, caritativo, noble, leal, honrado, valiente, pudoroso y sensible.

Mezcla de grandeza y mansedumbre, de valor y timidez, de heroismo y prudencia, de arrojo y corteidad, de osadía y temor.

Tal era el genio que dormía sobre el mundo, como el corderillo en la roca por donde ha de caer despeñado.

Esta pintura, que el artista habia grabado con colores que decian mas de lo que hemos explicado, tenia en el fondo otra figura no menos digna de estudio.

Era una mezcla salvaje de fiera y hombre.

Tenia los músculos horriblemente desarrollados por convulsiones horribles.

Estaba casi desnudo; pero sus carnes eran negras y mal formadas.

Su cutis basto y horrible parecía querer romperse por la fuerza de unos nervios tirantes y duros como las cuerdas de un gran navío.

Sus brazos parecían dos negras anclas enroscadas, como un par de culebras que desean destruirse mutuamente.

Su garganta estaba hinchada como el cadáver que espira ahogado por la sangre inflamada y corrompida de los pulmones.

Sus pies eran dos garras de tigre, y sus manos de pantera.

Su cuerpo, aunque humano, era contrahecho y pequeño; pero de deforme anchura.

Sus espaldas parecían de gigante, y su pecho, saliente y alto, dibujaba unas costillas gruesas que se movían entre hendeduras como secos arroyos de un campo estéril.

Su cuello era corto y se escondía entre dos hombros salientes, redondos y gruesos, como dos bolas terribles de mármol negro.

Su boca era deforme.

Su nariz ancha y dilatada por las mejillas.

Sus ojos ahuevados, y fijos y feroces como el del chacal cuando divisa su enemigo.

Su frente chata y pequeña, coronada de mechones de cabellos abundantes, bastos y erizados.

Tenia sobre las cejas tres arrugas que habían ido formando lo torvo de sus miradas.

Parecía querer esconder de sí mismo, según se arrastraba por el suelo y buscaba los rincones para acechar mejor.

En el momento en que el pintor le fijó en el álbum, estaba observando con marcado furor al niño que dormía.

Sus ojos querían brotar de las órbitas, y apretaba convulsivamente las manos como queriendo deshacer entre ellas aquella cabeza infantil que con tanta blandura y tranquilidad reposaba.

Su aspecto demostraba querer devorarlo; pero en sus pupilas se leía una segunda intención que quería decir;

—Yo quiero que sufras! ¡Que seas como yo espantoso! ¡Que ese mundo que te admira te aborrezca! ¡Que las flores que te brindan perfumes te espiñen con sus punzantes zarzas! ¡Que la corona de laurel que ciñes se convierta en un manojo de ortigas!

Que ese sueño blando y delicioso se torne en una fiebre espantosa.

Que esa conciencia tranquila se vuelva un torcedor venenoso que domine tu existencia.

Que esa inocencia y abandono se conviertan en un vicio y depravación que horrorice.

Que lo rosado de tus carnes y lo sedoso de tu cutis sea ulcerado y carcomido en las mas inmundas cloacas.

Que tu paz se vuelva guerra.

Tu tranquilidad, esterminio.

Tu culto, execración.

Tu virtud, lodo.

Tus destellos, oscuridad.

Tu día, noche.

Tu noche, tormenta.

Que el rayo desgarré las nubes, y furioso é iracundo deshaga esa frente tersa y hermosa como la de un serafín.

Que tus ideas se pulvericen, para que no vuelvan á habitar en otra cabeza humana.

Que no te levantes jamás de ese sueño que te tiene postrado, y, si vas á hacerlo, que el mundo donde descansas se desplome sobre ti y te reduzca á la nada.

.....

Todo esto quería decir la segunda figura.

Ya habreis conocido en ella la Envidia.

Alegoría que os he presentado para designaros con ella á Julia y á Fuensalida.

Pero no creais que esta alegoría es una ilusión forjada por mí. Yo solo he procurado haceros la descripción de ella. Es decir, lo que he concebido de la idea del artista; pero este artista es D. Luis Frascueros, honrado militar que conocí en mi viaje á Almería, y que quiso enriquecer mi álbum con la belleza de sus pinceles.

Después, sin explicarme el sentido de las figuras que ponía ante mi vista, me preguntó qué representaban; y yo, en mi corto ingenio, le hice la descripción que he introducido en este lugar, creyendo

ser el mejor símil para los dos personajes que ya conocéis.

Creo que la novela no ha de ser solo argumento y narración, si algo ha de aprovechar á los corazones, y aun mas á las inteligencias.

Me parece que debe ser permitido al narrador presentar cuadros morales siempre que sea posible.

Que debe salpicar sus discursos de pensamientos filosóficos que sirvan de máximas á los que las necesiten y de recreo á los que juzguen no les han de aprovechar.

Alfonso Karr es mas bello cuando comenta y discurre que cuando desarrolla la acción y camina solo con el argumento.

Las novelas de este célebre escritor son tomos de filosofía; pero no filosofía seca y descarnada, sino un conjunto de ciencia y amor, de belleza y moralidad admirables.

Nosotros, pobres estrellas sin brillo, admiramos esos grandes astros, y ya que no nos sea permitido llegar hasta ellos, al menos miramos su senda y les arrojamos flores de entusiasmo y admiración.

XII.

La Sirena.

—¿Qué noticias hay por esos mundos, señor de Fuensalida? decía la viuda del brigadier á las pocas noches de nuestro relato.

—Por hoy, lo que corre de boca en boca, señora, es la gran esposición de pinturas que debe celebrar la Academia de bellas artes, y que, según mi juicio, será un pobre simulacro de las grandes esposiciones de otras épocas.

Se ha dado escasísimo tiempo á los pintores para confeccionar sus obras, y, en mi concepto, solo presentarán bastidores de teatro bajo el nombre de obras artísticas; pero esto no importa: no por eso dejarán de darse sus premios y de tributarse sus alabanzas á quien tenga mayor influjo.

En este siglo material la hermosura, el valimiento ó el dinero tienen gran imperio, señora.

Una mujer bonita, gazmoña en sociedad pero cariñosa y afable en su gabinete, es capaz de triunfar

del mundo entero, sin que nadie se aperciba de su poderio.

(Se continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

ÁLBUM DE "LA VIOLETA."

Un rayo de sol lo embellece todo.

Cuando se declina al través de las verdes hojas, parece una cinta de oro enlazando ramas y capullos; cuando refleja sobre la corriente de un arroyo ó en las rizadas ondas del río, crea una atmósfera de luz barreada de colores.

El sol del genio tiene también rayos brillantes que se esparcen doquier, sembrando la luz, la vida, la admiración.

Llueven laureles á los pies de la simpár Teodora Lamadrid, que en la conda de Barcelona ha desplegado todo el poder de su majestad artística.

Continúan en Granada los triunfos del distinguido actor Jordan.

La bellísima pianista señorita de Hervill sigue despertando el entusiasmo de los burgaleses.

El actor D. Pedro Delgado recibe por premio á su indisputable talento los aplausos de los sevillanos.

Los teatros de Madrid, aduana destinada á dar el vistobueno á obras y actores, poco de nuevo han presentado en esta semana ni para el aplauso ni para la censura.

En el teatro Real, donde sucesos tan desagradables han tenido lugar durante las dos desgraciadas representaciones de *Rigoletto*, resonaron por fin los mas entusiastas aplausos, tributados por el público, siempre justo, á la eminente Sra. Penco, que con una severidad y corrección dignas del nombre de la célebre artista, cantó la difícil parte de *Norma*.

La Sra. Penco, cantante ya tan conocida del público madrileño, aunque con la voz un tanto debilitada, es siempre la sin rival *prima donna* que tantos lauros ha sabido conquistarse en el arte encantador de Euterpe.

El tenor Nicolini mereció también aplausos, y las

demás partes dejaron mucho que desear en el desempeño de la ópera. Esto no era de extrañar, si se atiende al influjo que debían ejercer en el ánimo de los cantantes las pasadas demostraciones de desagrado recibidas de los espectadores.

En el coliseo del Príncipe se ha puesto en escena la noche del miércoles la comedia nueva del señor García Gutierrez titulada *Las Cañas se vuelven lanzas*, y de cuya obra hablaremos en nuestra próxima revista, como única novedad exhibida en el referido teatro.

La empresa del de Jovellanos continúa en su lánguida marcha: la representación de la comedia *Amar al prójimo* ha sido una verdadera derrota: esta obra sin plan, situaciones ni caracteres, verdadero *puff* literario, bajó al sepulcro la noche de su estreno para escarmiento de traductores. Bueno es que esos ingenios de medianía que sin fuerzas para lanzarse al palenque literario esgrimen sus plumas á cubierto de obras ajenas, apropiándose el nombre de autores y desconociendo por completo la originalidad, reciban lecciones que, aunque severas, redundan en provecho de todos.

Á la desdichada comedia siguió el estreno de un disparate hábilmente escrito por el Sr. Belza, y puesto en música por el maestro Rojel, cuyo título es *La Casa Roja*. El público aplaudió á los autores, y de estos aplausos tocaron no poca parte á los artistas, que con gran esmero desempeñaron su cometido.

El Sr. Salas, que restablecido de su enfermedad se presentó la noche del lunes en la linda zarzuela *De tal palo tal astilla*, fue recibido por el público con una viva demostración de simpatía y cariño.

En el coliseo del Circo se ha estrenado la zarzuela en tres actos *El Sesto marido*, producción soporífera, salvada por los cantantes y puesta en escena con un lujo merecedor de elogios y digno de obras mas importantes.

La compañía de Variedades, dirigida por el eminente Romea, representó noches pasadas la linda comedia del Sr. Cisneros *El Ramo de oliva*, siendo todos los actores colmados de aplausos por el brillante público que llenaba el teatro. En la piececita *Una coincidencia alfabética* se presentó por vez primera un nuevo actor cómico, en el cual, con el tiempo,

creímos adivinar un artista de verdadero mérito. El joven D. Cipriano Martínez consiguió interesar al público, recibiendo marcadas señales de aprobación, que deben estimularle al estudio de la difícil carrera que con tan buen pie comienza.

Novedades, abandonando por unos días el dialecto gitano, dando descanso á los grotescos cuadros con tal verdad interpretados por Dardalla, se ha echado de lleno en brazos de la tradición bíblica, ó, por mejor decir, en los del escelente pintor contratado por la empresa, y de aquí ha surgido *La Profecía*, drama en cuatro actos y en verso, original de D. Luis Rivera.

La Profecía es una leyenda, una fantasía con escelentes versos, algun tanto desiguales; con un acto primero soberbio y tres actos descendentes en interés. La exposición de esta obra encierra todo el asunto: por eso despues llega la languidez abarcando por completo la acción. Por desgracia, el género á que pertenece este drama no es de nuestra época; hace quince años, la obra del Sr. Rivera le hubiese conquistado aplausos. Hoy, merced á las preciosas decoraciones, al excesivo lujo con que se la exorna, consigue llamar la atención en el teatro de los espectáculos. En cuanto al desempeño, el autor no tiene que agradecer nada á nadie mas que á la señora Rodríguez. Esta distinguida artista es la heroína de la función, la primera y sola figura que resalta del cuadro, la única que le ha comprendido. El señor Zamora continúa subiendo por la escala de las exageraciones; siguiendo así vamos á perderle de vista, y es lástima, porque el Sr. Zamora tiene todas ó casi todas las cualidades que constituyen un buen actor.

Elogiamos á la empresa de este teatro por su afán en realizar su nombre.

Muchos estrenos se preparan en la próxima semana; ¡quiera Dios no salgan fallidas las esperanzas de tantos! Estéril ha sido la presente en novedades teatrales, y estéril por lo tanto será esta *Revista*, que quisiera adornar con todas las galas del mas poético lenguaje.

Tengan paciencia mis bellas lectoras, cobren esperanza: yo las prometo, por la mas linda flor de sus tocados, que en la semana venidera no les ha de fal-

tar ocasion para lucir sus hechizos, ni á mi para ponerme á sus pies.

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Difficil seria en este momento decir nada sobre las modas de invierno, no pudiendo hacer en realidad mas que previsiones: para desembarazarnos un poco de esta posicion, describiremos algunos trajes de salir, bastante sombríos para poderlos usar en invierno, y que podrán darnos alguna idea.

Insistimos en que persiste la boga de las vestas, probándolo con la descripcion de tres encantadores trajes recientemente ejecutados, y destinados á elegantes de primer orden. El primero es de moair gris bruma; lleva sobre cada paño un ancho y triple diente formado por tres encañonados en terciopelo negro, remontando sobre las costuras y fijándose bajo una especie de escarapela con cabos en terciopelo guarnecido de *guipure*. La vesta es de forma de casaca guardia francesa exactísima, con vueltas de terciopelo negro y botones de oro. Comprenderán mis queridas lectoras cuán maravilloso es este traje para invierno.

El segundo es de tafetan pensamiento, con un volante de quince centímetros plegado en el bajo de la falda y bordeado por un terciopelo cebreado negro y pensamiento, nueva y elegante fantasía, y sobre él un plegado de terciopelo negro con el centro pensamiento. La vesta señorita es de la misma tela, rodeada de un plegado que se reproduce en toda la altura de la manga. Un ancho cinturón de terciopelo con artística hebilla completa el traje, colocado sobre una guimpa de batista plegada, con valona de valenciennes.

El tercero es de *point-de-soie* verde, con un volante bordeado de terciopelo negro, y encima una greca compuesta de franja thibet muy baja, y en los huecos de las grecas una aplicacion de pasamanería con borlas. Acompaña á este traje una vesta de terciopelo negro guarnecida de igual franja y de pasa-

manería. La guimpa de organdi es adornada de terciopelitos negros formando ceros.

La grave cuestion del momento para nuestras elegantes se reduce á si se llevarán ó no este invierno las confecciones iguales al vestido; creemos poder contestar osadamente que no, con cortas escepciones.

El terciopelo y el paño serán, poco mas ó menos, como en épocas anteriores, los admitidos como tejidos de confecciones, siendo probable sea generalmente adoptada la vestimenta de terciopelo.

En tanto que la temperatura no sea suficientemente rigurosa para obligar á envolverse francamente, veremos paletots en tela igual que bastarán á precaverse del frio, con vestas y cuerpos de todos estilos.

Vayan todavía tres encantadores trajes que podemos citar como modelos de elegancia.

Uno desde luego para *semi-toilette* en popelina violeta; el bajo de la falda con un denteado bordeado de terciopelo negro bastante ancho para que se destaque en cada diente un ramo de flores bordado al pasado en seda negra. El resto de la falda se halla sembrado de lunarcitos bastante espaciados, bordados de negro. La confeccion en tela igual es un paletot algo justo, cimbreado y denteado alrededor con ramos y lunares. Las mangas de codo reproducen el adorno en menor escala, remontando el denteado alrededor de la costura. Acompaña un sombrero de tafetan violeta formando un rápido declive hácia atras, y guarnecido, en vez de bavolet, por un cordón de plumitas violeta mezcladas de encaje negro. Todo el sombrero se halla sembrado de abalorios.

El segundo es de *point-de-soie* habana; una alta franja thibet negra superada de un ancho galón de cachemir describe festones sobre la falda. La vestimenta, en tela igual, es un cuello doblado de seda blanca, y guarnecido de franja, de galón y de bellas borlas thibet. El sombrero es de crespon habana, á fondo flojo, guarnecido de una guirnalda de hojas de yedra. El bavolet, de dos centímetros de altura, es de terciopelo habana, lo mismo que las bridas, y un velito bordado de perlas descende formando careta sobre el rostro.

El tercero, todo negro, tiene un sello elegantísi-

mo. Es de *faulle*, magnífica tela de seda, tan espesa como el terciopelo. Sobre el falso se halla una tira de cuatro centímetros encajonada de cada lado por un galon, y adornada en el bajo de un guipure de diez centímetros, que desciende á modo de volante, y en la altura de un guipure de dos centímetros formando cabecilla, y el conjunto diez y seis centímetros de guarnicion. Sobre la banda lisa hay una fila de botones fantasía, remontando ademas un estrecho guipure sobre cada costura de la falda. La confeccion en tela igual, es un pequeño paletot con capucha guarnecido del mismo modo con guipure y lazo en la capucha; jockeys y charreteras muy adornados en las mangas. Este adorno, sumamente distinguido sobre negro, puede llegar á ser excesivamente lujoso reproducido sobre diversos matices. Sobre un traje pensamiento ó gris bruma, se destaca el guipure admirablemente. Tambien lo hemos visto para *toilette de soirée* con blonda blanca y botones de nácar sobre un traje de *moiré* rosa, y era maravilloso. Volviendo á nuestro traje negro, diremos que lo completaba un sombrero de crespon y terciopelo rubí, adornado de plumas y encaje negro.

Hemos dicho que las plumas en los sombreros reaparecerian de nuevo en la estacion de invierno, pero antes está el otoño, y con él las capotas de tafetan que en el momento son enteramente de moda. Sobre ellas se colocan flores, y las maravillosas escogen con preferencia un *puff* de amapolas de terciopelo púrpura con racimos y cuadrados de perlas en nácar blanco para adornar con ellas una capota gris bruma, que es uno de los matices mas adoptados.

Sobre una capota lila se dispone una guirnalda de pensamientos de terciopelo mezclados de follaje, é igualmente en terciopelo, encajonando el ala y volviendo sobre el copete de modo que reemplace al bavolet. En fin, sobre los colores pálidos, la boga son reinas margaritas matizadas de blanco.

La pasamanería desempeña este invierno un gran papel, segun podemos juzgar por los accesorios señalados en los citados trajes. Las trenzas para los festones de las faldas y los cordones obtendrán gran favor; independientemente de los bajos de falda, hallaremos trenzas de seis á diez centímetros sobre los

montantes, las vueltas, los vieses y las cabecillas de volantes. Las mas estrechas guarnecerán los cuerpos, colocándolas á manera de herretes ó de colgantes. Las borlas tambien estarán en boga, y los botones fantasía, llamados de *rústico* ó de *marinero*, guarnecerán no solamente las vestas, sino tambien las costuras de los cuerpos, las mangas, y, alguna vez, las faldas; dorados y bruñidos en artística plata, ó de los mil caprichos en que se ejecutan, son siempre lindísimos.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE DETALLES.

Sombrero de crespon bordado. Un encaje reemplaza el bavolet. Encima y debajo del ala grupos de flores mezclados con cinta encarniada que baja hasta el cuello, prolongándose en caidas.

Sombrero de tul bullonado á lo largo, con perlas en las jaretas y al borde del ala. Una puntilla de encaje cae sobre lo alto, al lado de una rosa. Lazos y caidas de cinta.

Cuello de muselina moteado guarnecido de valenciennes.

Cuello compuesto de entredoses. Un bullonado forma el borde, al que va unido un encaje.

Manga de muselina con puño formado por entredoses, rodeado de un encaje y de un bullonado, y adornado con lazos de cinta azul.

Manga estrecha de muselina moteada, guarnecida de una puntilla, cuya pegadura cubre un escarolado de cinta blanca.

Gorra italiana en muselina moteada, adornada con lazos de cinta estrecha y cabos flotantes muy largos.

Vestido de casa, en alpaca blanca, ribeteado de gro rosa, y adornado con botones y bellotas. El borde de la segunda falda cortado en ondas. Mangas de codo. Cuerpo fruncido, cubierto por una pequeña pelerina. Cinturon y cabos flotantes. Bolsillos adornados en el mismo género.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1884.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.



Leroy, Imp. r. de Navarre, 68.

LA VIOLETA

Redacción y Administración

Concepción Geroni Ayuntamiento de Madrid

